

# JUEGOS DE NIÑO

4

CO. 868.943.86

PEQUEÑO POEMA

A ESTILO DE CAMPANOR

POR

RICARDO DE FRANCISCO

---

BOGOTA

IMPRESA DE MEDARDO RIVAS

1893

# JUEGOS DE NIÑO.

(PEQUEÑO POEMA.—A ESTILO DE CAMPOAMOR).

---

## I

A mí también ¡ay cómo lo recuerdo !  
Como al buen Campoamor,—cuando era niño  
(Y al recordarlo la ventura pierdo),  
En esa edad de flores y de armiño,  
Bien en las piezas de la casa abierta  
O entre los mil senderos ó entre el *chite*  
De la inculta, anchurosa y larga huerta,—  
Me gustaba jugar al escondite.

## II

No era con una inglesa,  
Blanca, de rubio pelo  
Y con los ojos de color de cielo.  
Ah ! nó ; la niña ésa  
Era de aquel moreno como perla,  
Que daba desazón el sólo verla.  
Negros eran los ojos, las pupilas  
Eran de fieros dardos lanzadoras,  
Era negro el cabello,  
Y en toda su expresión y en todo aquello  
Se encerraban mil gracias seductoras,  
—Ignorando ella, más, que las tenía,—  
En acorde armonía  
Con sus mejillas tintas como moras.  
Esa niña lozana,  
De morena hermosura,  
Era—también yo lo era—colombiana,  
Y era—cual yo—bogotanita pura.

III

El sutil don Ramón no se acordaba  
Del nombre de su inglesa,  
Y por decirlo al público rabiaba.  
Imperdonable indiscreción fuera ésa ;  
Mas, por fortuna, cuando al fin lograba  
Ya casi, casi pronunciarlo—; oh lengua !—  
Se le quedó en la punta de la lengua.

Yo sí recuerdo el nombre de la mía,  
Y olvidarlo no espero ;  
Y aunque decirlo al público podría,  
No lo diré jamás, porque no quiero.

IV

Jugando cierto día,  
—Como siempre jugando al escondite,—  
Ella en ninguna parte parecía.  
Yo rebullí la casa, el zarzo, el *chite*...  
Pero nada ! la niña no salía.  
Vuelvo otra vez adentro,  
La busco por debajo de las camas,  
De los baúles en el ancho fondo  
Y aun detrás del altar, y no la encuentro ;  
Recorro el *cuarto oscuro* en lo más hondo,  
Y la casa en los ángulos y el centro.  
Inútil, todo inútil ; ¡ oh qué pena !  
La busco más y más, y todo en vano...  
¡ Ni siquiera se hallaba en la alacena !

Limpiando los sudores con la mano  
Que resbalaban de la frente á mares,  
Me empiezo á figurar que ha perecido  
O que le ha sucedido,  
Para colmo de todos mis pesares,  
Una desgracia cuya causa he sido ;  
Y comienzo á llorar, y al fin la llamo,  
Y la llamo otra vez, á grito herido.

V

En un rincón aislado, lejos, lejos,  
—En la última tapia de la huerta,  
De tejas, por mí rotas, mal cubierta,—  
Acariciada por la fresca brisa,  
Del sol á los purísimos reflejos,  
Una mancha de *chisguas* se divisa.

Cuando allí ondea el aire,  
Sus penachos se mecen con donaire.  
Sus rojas flores siempre están de fiesta,  
Y por su forma y su color parecen  
De un gallo de corral la noble cresta.  
Sus verdes hojas son como paletas ;  
Y sus pepitas negras y brillantes,  
—En todo semejantes  
A las pupilas límpidas é inquietas  
De la perdida niña,—  
Guardadas bien en las cajitas gualdas  
De la entreabierta piña,  
Semejan con las hojas  
Azabaches encima de esmeraldas.

VI

Allí penetro,—el alma desalada,—  
Y después de pasar hojas y ridos,  
—Que suelen allí hacer, por lo escondidos,—  
A mi niña sorprendo arrodillada !...  
Con las manos tenía la faz tapada,  
Creyendo en su inocencia  
Que, con los ojos bien, muy bien cerrados,  
Y además por sus dedos resguardados,  
Quedaba oculta á todos su presencia.

¡ Oh, qué dicha tan grande! qué consuelo!  
Me parecía entonces que gozoso,  
Brotando flores, se entreabriera el cielo ;  
Y oír creía un ruido melodioso  
En los aires flotando,  
Como si fueran por allí pasando  
Los ángeles de Dios en blando vuelo...

Yo corrí presuroso,  
Besé sus labios y besé su pelo,  
La cogí entre mis brazos,  
Y—niño tan audaz como travieso—  
Ni quería cesar en los abrazos  
Ni fin poner al infinito beso...  
—Los que en su tierna infancia al escondite  
No supieron jugar, no saben de eso!—

VII

Otras veces también, como acostumbran  
Casi todas,—oh! todas,—las chiquillas  
Cuando, como ella, llevan todavía  
La ropa hasta el nivel de las rodillas ;  
—Lo diré ? sí lo digo :—nos gustaba,  
Nos gustaba jugar á las cosquillas.

Jugábamos al toro,  
Jugábamos también al caballito,  
Y aun á la mariposa,  
Y—diablo !—á la *chá chá de aguacrito*.  
Hasta que ya cansados,  
No teniendo otra cosa  
Mejor que hacer, nos íbamos callados,  
Por la fatiga respirando apenas,  
A descansar un rato entre las *chisguas*,  
Para volver después á las faenas.

VIII

Allí se echaba ella,  
—Buscando siempre la indecisa sombra  
Que daba el verde techo,—  
De las hojas, yá secas, en la alfombra  
Que le formaban un mullido lecho.  
Con el pudor innato en la doncella,  
—Lo tiene aún en la niñez sencilla,—  
¡ Cómo pugnaba ella  
Para bajar la ropa con la mano !  
Pero pugnaba en vano,  
Pues le tapaba apenas la rodilla.

Me echaba entonces yo también al suelo ;  
Y encima se reía,  
Al contemplarnos con amor, el cielo.

IX

En torno nada, nada se movía:  
Un silencio profundo...  
Ni pájaro ni viento allí se oía...  
Y á mí me parecía  
Cual si estuviese aletargado el mundo.  
    Mi linda compañera  
A veces se dormía ;  
Y entonces—lo recuerdo—entonces era  
Cuando yo rebullirme no podía,  
Pues que mi sien tenía  
Reclinada en su blanda pantorrilla,  
Que le daba calor á mi mejilla,  
Para sentir sobre mi frente franca  
El inefable goce  
Del suavísimo roce  
De su enaguïta perfumada y blanca !

X

Había en esa huerta un gran cerezo ;  
Y en ciertas ocasiones,  
— Con perdón de mis pobres pantalones,  
Y de su tenue y virginal ropita,—  
Hacíamos algunas ascensiones.  
    Subía ella primero,  
Un poquito detrás de ella yo iba ;  
Y, por ir más ligero,  
En las manos echábase saliva.  
Entonces resbalaba,  
Y á mis ojos inquietos, centellantes,  
Que en pos de ella seguían anhelantes,  
Con sus vestidos pérfidos tapaba ;  
Y yo la sostenía  
Con toda mi cabeza,  
Hasta que al fin, al fin me desmayaba,

Con ella deslizando con presteza:  
Pues sentir no podía con firmeza,  
Sobre mi frente franca,  
El inefable goce  
Del suavísimo roce  
De su enaguíta perfumada y blanca!

XI

¡ Lo que son las pasiones !  
Y como si los niños las sintieran,  
No pueden, no pudieran  
Ir—¡ Dios santo!—más lejos  
Esos lindos diablejos  
En esto de sutiles invenciones.

Un día concertamos  
Vestirme yo su ropa,  
Y que ella se pusiera mis calzones.  
Al momento buscamos  
El rincón más profundo  
En la casa, de todos los rincones.  
Y allí nos desnudamos  
Uno de otro en presencia  
—¡ Cosas de la inocencia!—  
Hasta que ambos quedamos  
—Nada tiene de malo, Dios lo quiso—  
Como la Eva y Adán del paraíso.

Con mis vestidos de hombre  
Regordeta la niña se veía,  
Y yo con los vestidos de la niña  
Ay! todo entorpecido me sentía.  
Mas no importa! ella sigue su camino  
Impertérrita, audaz, cual dicen que era  
La antigua Pitonisa;  
Se guarda la rebelde cabellera,  
Con un aire marcial el suelo pisa...  
¡ No dudo que ella entonces pareciera,  
—Por lo menos,—llevándome del brazo,  
Un moderno Abelardo y yo Eloísa!

XII

Al volver á cambiarnos los vestidos,  
— Lo que hacen las mujeres por abajo  
Y los hombres lo hacen por encima, —  
Quedámos enredados, confundidos  
— ¡ La falta de experiencia ! —  
Por tanto forcejar que daba grima.

Yo, en fin, me desnudaba con paciencia,  
Porque feliz sentía  
Contra mi frente franca,  
Sobre la cual con tenuidad salía,  
El inefable goce  
Del suavísimo roce  
De su enagiüta perfumada y blanca !

XIII

¡ Válgame Dios ! lo que es, lo que es la vida !  
De entonces muchos años han pasado ;  
Largas tierras y mares he rodado ;  
Y el alma, á sus quimeras adherida,  
Grandes y bellas cosas ha olvidado,  
Y á la niña de antaño no la olvida.

Yo no la volví á ver... ¡ Tan pronto vuelan,  
Más pronto que fugaces mariposas,  
Las cosas que en el mundo nos consuelan !  
Pasan como el rocío de las rosas,  
Como en el mar inquieto la alba espuma,  
Cual sombra de una nube,  
Cual la espiral de incienso cuando sube,  
Como brisa, como iris, como bruma.

XIV

Una noche de aquellas  
En que todo es placer, serena, pura ;  
En que se ven más limpias las estrellas,  
Y la luna apacible  
Con la mayor tranquilidad fulgura ;  
En que de algún perfume indefinible



Llena, sentimos retozar el aura ;  
Allá en el combo cielo  
Que algún gran baile hubiera parecía;  
Y aquí en la tierra... aquí también lo había.  
¡ Cómo todo brillaba  
En la mansión del alto mandatario !  
La vista se extasiaba :  
Era todo esplendente, rico, vario. .  
Tenían embargados mis sentidos  
Los perfumes, la luz del gas, los ruidos  
Del terciopelo y la crujiente seda,  
Que arrastraban, formando luengas colas,  
Las damas en sus fúlgidos vestidos...

XV

De golpe en un salón me quedé á solas ;  
Y cuando menos, menos lo pensaba,  
— Me refregué los ojos con las manos,  
Temiendo que la vista me engañaba, —  
La vi venir... la vi, la vi, lo juro,  
La conocí también en su fragancia ; —  
Vi que hacia mí — ya grande — se acercaba  
La niña, aquella niña de mi infancia !  
— “¿ Se acuerda ? — Yo ! ” — tan sólo nos dijimos...  
Vi en su rostro el color de la amapola,  
Y al instante seguirse el de una muerta ;  
Volvió con rapidez la hermosa espalda,  
Y alejarse la vi, con vista incierta ;  
Luego el último pliegue de su falda  
Desapareció por la lejana puerta...  
Y murmuré yo entonces,  
Con voz que un ay ! al corazón arranca :  
No volverá á sentir mi frente franca  
El inefable goce  
Del suavísimo roce  
De tu enaguíta perfumada y blanca !...

RICARDO DE FRANCISCO.

Bogotá : 1898.

